

Macario Polo Usaola

LAS AVENTURAS
DEL
DR. PETERSON



Las aventuras del Dr. Peterson

Esta recopilación de cuentos está registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid. El autor permite su reproducción sin ánimo de lucro, siempre y cuando se cite el título del cuento, nombre del autor y se le notifique previamente por correo electrónico a: mpolo@inf-cr.uclm.es

Ilustración de portada: Borja Pinilla.

ÍNDICE.

DIFÍCIL QUE OCURRA.....	5
VISITA A CRO-MAGNON	9
LA FACETA GASTRONÓMICA.....	15
DIVIRTIÉNDOSE	19
VUELTA A LA INFANCIA.....	23
LA HORTALIZA GÜENA	27
PERDIDO EN EL DESIERTO.....	33

DIFÍCIL QUE OCURRA

Cuando destruyó por fin a la humanidad, labor en la que empleó tres horas, porque fue dando navajazos y entonces se retrasó un poco, el Doctor Peterson marchó andando hasta la isla desierta, por encima de los cientos de millones de cadáveres que flotaban en las aguas del océano.

Niveló sobre el suelo la camilla que había llevado con él, poniéndole la rótula de un varón de seis meses bajo una pata, para evitar que quedase coja.

Antes de abrirse, se pinchó en un dedo con una aguja oxidada que siempre llevaba y, apretándose, depositó sus cinco litros de sangre en una urna transparente, como las que se usan en las heladerías para elaborar limón y naranja granizados. Las aspas del ingenio daban vueltas, enchufado éste como estaba a la palmera que daba sombra, y se impedía así que se coagulase el rojo líquido.

El Doctor Peterson estaba ahora pálido, palidísimo, y se subió a la camilla para tenderse en ella. Se quitó la camisa y sacó un bisturí que guardaba en una gran herida abierta que conservaba sin cicatrizar desde su juventud. Comprobó sobre sus venas vacías de la muñeca que estaba afilado, y procedió entonces a partirse en dos mitades, una por encima y otra por debajo del ombligo. Se tuvo que ayudar de una maza y un cortafríos para romperse una vértebra de la columna que molestaba, porque ofrecía mucha resistencia a la delgada hoja del bisturí.

Tras seccionarse, se cortó un trozo de hígado que, con el despiste, le había quedado solo y separado en la mitad inferior. Lo cogió con dos dedos y se lo colocó en el lugar que le correspondía, asegurándose de que no se caería con unas gotas de pegamento que encontró en la arena de aquella isla que nunca nadie había pisado antes.

Colocó su tronco, apoyándose en los nudillos de las manos, entre sus piernas, y despojó a esta mitad de los pantalones y de la ropa interior. Al tirar de ellos cayó al suelo, y la base seccionada de su tronco se rebozó en arena y pajas. Dio un coletazo con el estómago y volvió a la posición que ocupaba sobre la camilla.

Empezó entonces a maniobrar en su mitad inferior y consiguió, en seis segundos, la cantidad de semen que consideró suficiente: habría bastante con medio litro. Pusó unas gotas sobre una mano y depositó el resto en una botella que pintó en la tierra, y la guardó en un frigorífico que por allí había.

Luego apartó un poco los intestinos delgado y grueso, escupió unos óvulos que llevaba en la boca y que arrancó al cadáver de una mujer que encontró en el camino y se los depositó en su interior. Los empapó bien con el semen de la mano y, tras secarse los restos de líquido en su cabellera de hombre algo excéntrico, comenzó a moverse para encajar sus dos mitades y quedar como antes. Se rodeó la cintura, a la altura de la inmensa raja sin fin que se había hecho, con papel celo que, previsoramente, había llevado con él. Por si acaso no tenía resistencia suficiente, colocó ocho grapas a su alrededor, poniendo cada una a cuarenta y cinco grados de la anterior.

Después sorbió su sangre con el canuto de un boli que llevaba en la bata. Estaba fresquita por la acción refrigerante del aparato. Dio un golpe al cocotero y propinó una serie de patadas a las hojas de la piña tropical que cayó de él, que se estiraron y tomaron forma de canoa, con lo que el Doctor Peterson pudo regresar al continente, porque las pirañas y los camarones habían acabado con los cadáveres y no había manera de regresar andando.

Dos meses después de aquello, y merced a un procedimiento acelerador que sólo el Doctor Peterson conocía (y que consistía en tomarse una bolita de mierda de oveja antes de cada comida, y ayudarla a bajar con un vaso grande lleno de gasolina sin plomo, porque la otra perjudica al riñón) el científico dio a luz a todo un joven con la mili hecha, y ya ingeniero.

En varias ocasiones regresó a la isla a repetir el experimento, pero como no siempre deseaba partirse por el mismo sitio, a veces se seccionaba verticalmente en mitad izquierda y mitad derecha, otras veces oblicuamente, y una vez hasta en cuatro trozos, para experimentar la sensación de hacerse cosquillas en los pies con un brazo suelto y ver con una mitad de la cabeza cómo se reía la otra. Gracias a su inteligente método de autoinseminación continuó la existencia de la especie humana unos años más.

FIN

VISITA A CRO-MAGNON

Un día en que el Doctor Peterson jugaba en su laboratorio a resucitar cadáveres mediante una antiquísima técnica acupuntural china recién descubierta, pensó que la forma ideal de viajar en el tiempo era meterse en un huevo de gallina, hacerlo girar y dejar que cayese desde un octavo piso. Con el impacto, el huevo empezaría a botar y, cuando por fin se detuviese, saldría de él con ayuda de un pico en el año, siglo o día que al Doctor Peterson le apeteciese.

Como sus métodos de mengua le habrían impedido entrar con comodidad en un huevo de gallina, razonó que el efecto sería el mismo si utilizase un huevo de avestruz.

Así que anduvo buscando por armarios, probetas y tubos de ensayo las enormes botas de siete leguas que en el cuento se calzara Pulgarcito, pero no las encontró porque eran un invento de los hermanos Grimm. Como tampoco le apetecía teletransportarse hasta África para coger el huevo, decidió subirse al Big Ben.

El Doctor Peterson sabía que, en el extremo de la antena del Big Ben, las autoridades que alguna vez hubo en Londres mandaron poner una ventosa, porque los aviones comerciales tenían la mala costumbre de detenerse en vuelo sobre la punta para descansar y para que los turistas vieran la ciudad, y entonces con la ventosa se quedaban pegados, no podían separarse de ella y no podían continuar el vuelo.

Como ya no había aviones, porque el Doctor Peterson se había encargado personalmente de destruirlos a voces, ya no importaba que hubiera o dejase de haber ventosa.

Entonces la cogió, se quitó un cordón de una chancla y ató la ventosa a un extremo, sujetando él el otro con una mano. Localizó un avestruz que empollaba en Tanzania y le rogó encarecidamente que se apartase un momento. Cuando el bicho lo hizo, el Doctor Peterson lanzó la ventosa hasta el huevo, ésta se pegó en él, y tiró del cordón, con lo que el huevo llegó arrastrando hasta el Big Ben, punto desde el que había lanzado con certerísima puntería.

El Doctor Peterson llamó a la puerta del huevo y salió a abrirle un feto de pollito a medio desarrollar. El Doctor Peterson le tiró del cuello y lo arrojó al suelo, que estaba a muchos metros hacia abajo, pero el pollito movió las alas y se fue volando a África con una cinta de casete sujeta en la pata. La cinta tenía un mensaje de agradecimiento del

Doctor Peterson para la madre del pollito. Éste fue el primer caso de avestruz volador y mensajero que se ha descrito en la historia, y hay que agradecerse al Doctor Peterson.

Tras esto, el Doctor Peterson entró al huevo y se acomodó en una silla de su interior. Sacó un pie por un agujero que hizo con un taladro y, ayudado por un pequeño impulso, comenzó a dar vueltas hasta que cayó al suelo, empezó a botar y, cuando el Doctor Peterson abandonó su cubículo, rompiéndolo con ayuda de un pico cuya silueta pintó en el aire, se dio cuenta de que no había caído desde un octavo piso, tal y como dictaba el procedimiento, pero daba igual.

Se encontraba en un paraje en el que había una casa de piedras puestas una encima de otra y con techo de palos. Se acercó a un hombre que había cerca de él, y que estaba vestido con una piel de oso y una lanza. Tenía una melena muy larga y muy sucia, el tío guarro. El Doctor Peterson le preguntó que qué era él, si Cro-Magnon o Neanderthalensis. El hombre dijo que le ofendía la duda, que por supuesto que era Cro-Magnon. Estrecharon sus manos y el Doctor Peterson apreció que uno de los dedos del hombre lucía un anillo de oro con una piedra preciosa y grabado por dentro, que al científico se le cayó una vez dentro de la bombona de butano y no puedo recuperar.

El Doctor Peterson arrancó el dedo al hombre primitivo dándole un gran tirón en un pelo de la falange y, tras esto, le pidió la lanza. El hombre primitivo se la dejó y el Doctor Peterson la usó para clavársela a Cro-Magnon en la nuca, con lo que éste murió entre alaridos bastante molestos y chorros de sangre.

Al oír el ajetreo, la mujer de Cro-Magnon se asomó a la ventana de la casa y le dijo al Doctor Peterson que no podía salir a ayudar a su marido porque estaba haciendo bechamel en una sartén y, si dejaba de darle vueltas, le iban a salir grumos y se pondría mala.

El hombre murió boca abajo, con el cuello atravesado por el sílex de la punta de la lanza. El Doctor Peterson rompió el palo por la parte que le unía al sílex, dejando a éste clavado donde estaba y con su punta asomando por la nuez. Con una astilla de la madera escribió en la espalda del muerto: <<Aquí estuvo el Doctor Peterson>>, y debajo la fecha. Cuando, muchos siglos después, los científicos descubrieron el cuerpo del hombre primitivo, incorrupto gracias a una meada del Doctor que lo cubrió entero,

no tuvieron que hacerle el Carbono-14 porque ya sabían de qué fecha databa con toda exactitud, tan amable había sido el Doctor Peterson.

Luego, el Doctor Peterson, que quería que la inscripción permaneciese arriba, cortó las piernas, los brazos y la cabeza de Cro-Magnon. Dio la vuelta a la cabeza para que quedase mirando al cielo. Cambió los brazos de lado, para que los pulgares quedasen hacia arriba, e hizo lo mismo con las piernas, de forma que los pies quedaban también mirando hacia arriba. El Doctor se rió un rato mirando la imagen del cadáver, con el pecho hacia abajo y los demás miembros al revés. Era una graciosa estampa.

Después, el Doctor Peterson cogió el periódico que leía Cro-Magnon, lo enrolló y, convertido ya en telescopio, miró al firmamento a través de él, con lo que pudo localizar una estrella que era un espejo y en la que se reflejaba la superficie de la Tierra, con lo cual en dicho astro se veía y se vivía el pasado. Pero la estrella estaba equivocada y se veía el futuro. Así que el Doctor Peterson pidió una fregona a la esposa de Cro-Magnon, se la ató a la espalda con unos vellos que se arrancó del pubis, prendió fuego a la parte secante y, ayudado por un saltito y un aleteo que hacía con los brazos, llegó en quince minutos a aquella estrella que estaba a muchos años luz, con lo que el Doctor Peterson pudo regresar a su época y continuar entre nosotros.

FIN

LA FACETA GASTRONÓMICA

En una muestra más de su mundialmente famosa necrofilia, el Doctor Peterson ocupaba aquel rato en hacer el amor con una mujer de cuerpo perfecto que se había construido con miembros de las más famosas *top models* de la época. Así, aquella amante no tenía dos partes de su cuerpo procedentes de un mismo cadáver. Estaba la excepción, claramente, en los pechos -con cuya exacta simetría y volumen cabal tenía el Doctor Peterson exagerada obstinación- y en los ojos -que eran verdes y procedían de una conocida holandesa-. Incluso las piernas procedían de diferentes mujeres, aunque ambas tuvieron en común el haber vivido a caballo entre París y Nueva York. Otro tanto ocurría con los brazos, y también con los labios, pues no tuvo el inferior la misma propietaria que el superior: ambos gozaban de extraordinaria turgencia y envidiable suavidad; pero aquella que poseyó el de arriba no tenía el de abajo tan gordito como el Doctor Peterson deseaba, por lo cual las dos hembras, una vez separadas de sus medias bocas, quedaron para siempre con unas singulares sonrisas.

Cuando montó su muñeca, la labor en la que el Doctor Peterson empleó más tiempo fue en la elección de un clítoris adecuado: llegó un momento en que el deseo le podía, y escogió uno casi al azar de entre las diez que eligió como finalistas. Ésta fue la última fase de la selección de materiales. Así que se lo arrancó a una mulata impresionante con unos alicates y lo colocó adecuadamente en el único lugar posible.

Después cosió bien todas las partes del carnosos maniquí, pasó por encima de los puntos de sutura un barniz cicatrizante que hizo que éstos se desprendieran sin dejar rastro, extendió por todo el cuerpo un bálsamo para suavizarlo y le hizo unos orificios con un taladro de diez milímetros en las caderas. Con esta última operación, el Doctor Peterson conseguiría que el interior no se llenase de semen hasta rebosar y explotar.

Más tarde, enchufó el cerebro de la muerta a una batería de coche para lograr que adquiriera movilidad humana, consiguiéndolo hasta el punto de que el Doctor Peterson consumió sus penetraciones veintiocho veces, inundando las cavidades ventral y torácica con sesenta y seis litros de esperma. Tuvo que desconectarla, porque la otra pedía y pedía más y el Doctor Peterson estaba ya un poco cansado de repetir siempre lo mismo.

Como tanto movimiento y tanta pérdida de líquido le habían deshidratado, el Doctor Peterson decidió reponer fuerzas tomando una sopa. Ignoraba la receta de cualquier sopa, por lo que arrastró de los pelos el cadáver de una maruja hasta la

batería, le enganchó las pinzas a las orejas y le preguntó por la receta de la sopa de ajo. Entre otras cosas llevaba ajo, pan, sal, un huevo escalfado y, por supuesto, agua. El Doctor Peterson no tenía en ese momento ninguno de los cinco ingredientes. No pudo obtener ajo, pues intentó dibujarlo en el aire y le salió primero una cebolla, y medio puerro después. Algo parecido le pasaba con el agua: como los líquidos se adaptan a la forma del envase, le resultaba imposible pintar agua y obtenerla.

Pero el Doctor Peterson tenía mucha hambre y se empecinó con la sopa de ajo y optó por avanzar poco a poco en la consecución de su manjar. Lo primero que hizo fue girar un dedo en la palma de la otra mano hasta conseguir el habitual fuego por fricción, el cual trasladó a un montoncito de cabelleras que había acumulado. Después consiguió una cacerola trazándola en la atmósfera y la puso bajo una de las perforaciones que había hecho en las caderas de la modelo. Pisó repetidamente el vientre de ésta como si de una bomba de fuelle se tratara y obtuvo enseguida la cantidad de líquido adecuada, que puso a calentar al fuego. Sustituyó los ajos por los ojos de unos muertos, pues entendió que si ambas palabras se pronuncian y se escriben de forma muy parecida, su sabor ha de ser también muy similar. El pan lo consiguió con concentración, y aderezó la comida con rayos de sol porque no tenía sal. Huevo para escalfar no tenía y, aunque podía dibujarlo, prefirió sustituirlo por el testículo de un hombre cualquiera.

Echó todo a la cacerola y entonces cayó en la cuenta de que no tenía ningún útil para remover la sopa. Miró a su alrededor y avistó el cadáver de un hombre de color, al que procedió a arrancarle el pene para utilizarlo como paleta. <<Además, le dará saborcillo>>, se dijo.

FIN

DIVIRTIÉNDOSE

Como es bien sabido, al Doctor Peterson le gustaba dedicar sus ratos de ocio a experimentar con cadáveres, mutilándolos y uniendo miembros de diversas procedencias para unirlos en un solo puzzle.

En la tarde que hoy nos ocupa, el Doctor Peterson se encontraba en los sótanos de un edificio al que había transportado mentalmente unos centenares de cuerpos de hombres de raza blanca. Pensaba en cómo divertirse cuando le saludó un gato siamés que acertó a pasar volando por allí con unas alas de pájaro que el Doctor le había implantado amablemente.

El gato siamés le dio una buena y divertida idea, que era crear él mismo unos siameses, uniéndolos por los brazos, o por las piernas, o la cintura, o las piernas o el prepucio, del estilo de los que nacían antes de que él empezara a poner orden exterminando completamente a la población de la Tierra.

Aplicó los conocimientos del bachillerato para convertir el húmero de un muerto en una fina aguja de coser, tallándola con la quijada afilada de otro muerto. Cortó después, con la misma quijada, una fina tira de gran longitud del intestino del propio muerto de la quijada, que probablemente nunca había imaginado que iba a terminar así. Esto serviría como hilo para coser los cuerpos y fundirlos en uno. Para dar consistencia a la tira y hacerla más resistente, el Doctor Peterson la sumergió en una palangana que llenó con vomitado y la secó con su aliento poderoso en una milmillonésima de fracción de segundo.

Eligió dos cuerpos de los que allí tenía y los cosió, uniendo el bíceps izquierdo del uno con el derecho del otro. Consiguió ponerlos de pie haciendo palanca con la punta del nabo y cayó en la cuenta de que uno de los cuerpos era bastante más alto que el otro, por lo cual el largo tendría que ir bastante agachado para que pudieran andar a la par. Aunque el Dr. Peterson no tenía sentimientos, el hecho de putear de esa manera al ser que estaba creando le dio pena, así que volvió a tumbar a los cuerpos de forma paralela, los descosió, igualó las cabezas ajustándolas a una línea que trazó en el polvo del suelo y dio un hachazo a las piernas del más alto, de manera que los pies quedaron seccionados y ambos cuerpos ya medían igual. Ajustó a los muñones unos zapatos y les atravesó un clavo por la suela hasta llegar al hueso, asegurándose así de que no se salían. Volvió a coser a los dos hombres por el mismo sitio.

Después pensó que, en vez de siameses, iba a crear triameses, que era más original, por lo que seleccionó otro cuerpo y cosió su bíceps derecho al izquierdo del bajito. El Doctor Peterson se arrepintió de haber sentido antes lástima, y se desquitó cosiendo el bíceps libre del último hombre al derecho del alto, de tal manera que quedaban formando un círculo y mirando los tres para afuera. Tendrían serios problemas para moverse.

Como además quería el Doctor Peterson que fueran todos interdependientes, decidió dotar al trío de un solo corazón, un solo hígado y un solo par de pulmones, por lo que extirpó los restantes y se los comió con vino y patatas de guarnición. El bajito se quedó con el corazón, el de los muñones con el hígado y el tercero con los pulmones. Unió venas, arterias y demás conductos con cigarros que convirtió en tubos quitándoles el tabaco y cortándoles el filtro.

El conjunto ya estaba listo para recibir la vida, y el Doctor Peterson, tras contemplar su obra durante unos segundos de cincuenta centésimas, se la concedió dando una palmada.

El ente se levantó, las tres cabezas se miraron con ligero gesto de asombro, pero comprendieron. Luego se alejaron de allí como los borrachos. El otro día los vi por aquí.

FIN

VUELTA A LA INFANCIA

En la ciudad por la que el Doctor Peterson paseaba, hacía un año que la vida humana estaba ausente, porque el Doctor descargó sobre ella una bomba que quiso ser de neutrones, pero que una repentina sordera hizo que el Doctor Peterson entendiera <<de cojones>>. No obstante, el efecto fue el mismo, porque la gente vio a los testículos caer desde lo alto y huyó de la ciudad para no volver jamás: eran unos testículos enormes, de cinco o seis metros de diámetro, aumentados de tamaño mediante inyecciones de agua y pis y con una cámara de aire para que botaran antes de explotar. La gente salió corriendo hacia las afueras de la ciudad y cayeron todos a un abismo de varios miles de kilómetros de profundidad que el Doctor había abierto en el perímetro de la ciudad durante la noche anterior. Los edificios habían quedado intactos, y las calles estaban ya limpias de los restos de escroto que inicialmente se diseminaron, porque los buitres y los gráciles gorrioncillos se los habían ido comiendo. Quedaban, sin embargo, centenares de toneladas de pelos de polla, indigeribles, según contaron las aves al Doctor Peterson. Estos pelos formaban estropajos enormes que rodaban con el viento y el Doctor Peterson los utilizaba para enjabonarse y frotarse cuando se duchaba, que era una vez al trimestre, coincidiendo aproximadamente con el momento en que la dureza de la capa de mierda que cubría su cuerpo le impedía moverse con comodidad.

Pues resulta que el Doctor entró en un local abandonado que era una juguetería, y un trenecito Ibertrén seguía dando vueltas en su maqueta, como si nada hubiera pasado desde el día del bombardeo. Este hecho trajo al Doctor Peterson el recuerdo de su infancia, cuando jugaba él con un tren que le llevaron una navidad los Reyes Magos. Entonces decidió construirse él mismo un trenecito para jugar, pero acorde a sus circunstancias de sabio y adulto.

Pensó unos minutos y bajó con un saco al precipicio en donde se amontonaban los cadáveres que fueran habitantes de la ciudad. No estaban podridos, porque por un mecanismo cualquiera, que podía ser mediante un gran pedo o una buena meada, el Doctor Peterson había conseguido mantener en la fosa una temperatura próxima al cero absoluto del tal Kelvin, que viene a ser menos doscientos setenta y tres grados centígrados o del tal Celsius, uno de cuyos descendientes estaba precisamente allí. Hacía fresquete ahí abajo, pero el Doctor hizo un par de abdominales y su cuerpo alcanzó nuevamente una temperatura idónea. Empezó a echar cadáveres al saco: uno,

dos, tres, hasta quinientos, y con un lanzamiento de pene consiguió encaramarse nuevamente al nivel del suelo.

<<Cada muerto será un vagón>>, pensó el Doctor, y, tras descongelarlos en los microondas de una tienda de electrodomésticos, procedió a engancharlos polla con culo, polla con culo, y más polla con culo, polla con culo, y venga polla con culo, polla con culo, y toma y venga y dale. Para asegurarse de que no se separaran, antes de engarzarlos el Doctor les ponía en la punta una especie de remache que impedía la salida porque iba a contrapelo. <<Ahora el problema es hacer que funcione>>. No tenía pilas ni ganas de construir un ingenio para imprimir un movimiento eterno al tren, así que buscó la inspiración dando otro paseo por la ciudad. En la misma juguetería vio un conejito de peluche que tocaba el tambor si se le daba cuerda. Se parecía mucho al conejito de las pilas Duracell, así que corrió raudo al abismo y bajó nuevamente a él, subiendo después con una mujer muerta que tenía un cuerpazo capaz de revivir a un muerto. El Doctor pensó que era muy listo. Se hizo a sí mismo un gesto girando los dedos índice y corazón para darse a entender que aquello tenía doble sentido. Con una sonrisa cortó a la mujer su clítoris o conejito y lo adaptó al pene ya erecto del primer hombre-vagón, que haría de máquina. También le cortó las tetas y le puso una en cada mano, con los brazos abiertos y enderezados con unos palos que los entablillaban. Para que el sistema girara como en una vía circular tal y como los trenes de juguete, el Doctor Peterson ató a la cabeza del hombre que hacía de máquina un palo con un pequeño ángulo de inclinación hacia la izquierda. Colgando del palo colocó la cabeza de la mujer, en cuya cara modeló el Doctor un gesto lascivo y sensual que atrayera al hombre. Era la idea del curro y la zanahoria. El hombre muerto respondió a un cogotazo que le dió el Doctor abriendo los ojos. Vio el tema, se puso más contento que unas pascuas por lo que tenía delante y empezó a andar primero despacito, luego un poquito más deprisa, luego otro poquito, aceleró, cogió velocidad y el gran tren de quinientos vagones se puso en marcha para disfrute y deleite de ese niño que, como todos, también el Doctor Peterson lleva en sus adentros.

FIN

LA HORTALIZA GÜENA

En aquel excelente almuerzo de verano, tras aquel buen gazpacho con tropezones que sirvió de entrante, la ensaladilla de primero y el filetito a la plancha de segundo, el Doctor Peterson deseó tomar un postre fresco que le proporcionara una exquisita y grata sensación. Despreció helados, yogures, cuajadas, natillas y resto de productos envasados; asimismo desechó kiwis, paraguayas, mangos, aguacates, chirimoyas, caquis y otras frutas exóticas que no le apetecían, y dibujó en el aire la silueta de un excelente melón de agua de piel de sapo. Lo engulló entero, piel incluida, con gran avidez, pero reservó la última raja para darle un trato algo especial: la comió correcta y educadamente, con cuchillo y tenedor, apurándolo hasta dejarle sobre la parte interior de la cáscara unos milímetros de carne. Tocó en ésta con el dedo para comprobar que era una superficie suave y blandita, y se tumbó en ella tras dar un pisotón en el suelo para proporcionarse un agradable balanceo. Quiso darse el gustazo de dormir desnudo y arrojó al suelo la bata blanca que le cubría. Un repentino y atípico sentimiento de pudor le hizo cubrir sus partes pudendas con una hoja de parra. Cerró los ojos y empezó a dormir una siesta reconfortante.

El sueño le nubló enseguida y enseguida nublóle el sueño. Soñó con su casa de la infancia, que en la realidad estuvo situada en una calle estrecha de su ciudad natal, si es que el doctor Peterson nació alguna vez: polvorienta, oscura, con cubos de basura y charcos de agua, con una única farola que daba luz anaranjada en cuyo halo se veía perpetuamente caer una lluvia que nunca llegaba al suelo, por la que siempre pasaba algún vehículo de policía persiguiendo a otro de malhechores que terminaba chocando contra un contenedor, una tubería saliente o la misma pared. Luego, los delincuentes huían a pie y, cuando los agentes del orden estaban a punto de atraparlos, aquéllos conseguían encaramarse por alguna alambrada, perdiendo a sus perseguidores para siempre. También había en esa calle una roñosa pensión de media estrella y un almacén de frutas y verduras. En la pensión vivía un cliente desde hacía muchos años. Todos los días había persecución, y todos los días salía este hombre despistadamente del portal encendiéndose un cigarrillo, justo en el momento en que el coche de los bribones pasaba junto a él, que tenía que saltar para apartarse y siempre caía golpeándose en el hombro con la tapa metálica y descontrolada de un cubo de basura. Después pasaba el coche policial junto a él, invadiendo a toda velocidad un charco de agua marrón que le

salpicaba y le obligaba a volver nuevamente a la pensión para ponerse ropa limpia. También a la misma hora salía del almacén, sin mirar, un hombre bajito, medio calvo y de pelo cano, semianciano, con un puro en la boca y bata azul, que empujaba un carrito de madera cargado de acelgas, lechugas, tomates, pepinos, puerros, coles, manzanas, peras, plátanos y una jaula con gallinas, y también todos los días el primer coche le golpeaba el carrito y se lo destrozaba, y la calle se quedaba sembrada de los productos que transportaba, el hombre sentado en el suelo y una de las gallinas en posición de empollar sobre su cabeza. El segundo coche pasaba tras unos segundos, aplastando los pepinos y tomates y levantando una nube de hojas de lechuga y plumas de gallina; siempre había, además, una que salía revoloteando por encima de las sirenas. Este era el triste sino de estos dos hombres, pero bueno, allá ellos.

La calle acababa en una glorieta que tenía un poste altísimo y potentes focos arriba. En su imaginación dormida, su angosta calle se había convertido en una amplísima autopista de tres carriles. Unos gamberros habían quitado las tapas de las alcantarillas de la glorieta, y por aquí se dirigía el Doctor Peterson a su casa con un amigo, en una furgoneta que conducía éste. Esquivaron los peligrosos socavones del asfalto subiéndose a la acera y, al llegar a la puerta de la casa, descubrieron un grupo de guardias urbanos que hasta hacía unos segundos no estaban allí. Habían acordonado la casa y, aunque estaba a ras del suelo, habían instalado una extraña escalera para acceder a ella, como las que se usan para acceder a los aviones. El Doctor Peterson preguntó que si podía pasar, y un guardia con cara de Sancho Panza le dijo que no, porque primero tenía que subir a la escalera y luego bajar. Entonces el Doctor se bajó de un Vespino en el que, sin explicarse cómo, resultó que iba montado. Su amigo y la furgoneta se habían esfumado, pero el Doctor Peterson no dio a esto ninguna importancia, ni tampoco al hecho de que surgiese espontáneamente un ciclomotor entre sus piernas. Obedeciendo las instrucciones del guardia, cogió la moto bajo el brazo y subió y bajó las escaleras. Volvió a preguntarle al guardia, que ahora tenía cara de don Quijote, que si podía pasar, y el guardia le dijo <<No sé>>. <<Pues ábrame el candado>>, le dijo el Doctor Peterson, aunque su casa no tenía candado, y el guardia se lo abrió haciendo unos gestos muy raros con la llave inglesa que llevaba en lugar de cachiporra y con una danza más propia de un hechicero. Cuando terminó la labor, el guardia introdujo un dedo en el

agujero que la herramienta tenía en un extremo y, como si de John Wayne y de un revólver se tratasen, le dio tres vueltas antes de enfundarla, y cuando lo hizo resultó ser un destornillador y no había funda. El guardia acercó la mano a la visera para saludarle militarmente, pero la gorra, además de no ser de plato, no tenía ya el escudo del cuerpo de seguridad al que pertenecía, pues era de tela barata de propaganda y en ella aparecía el logotipo de una fontanería. El Doctor Peterson entró a su casa, que ahora era un antiguo molino de agua, por debajo del cual pasaba un río. Del techo sólo quedaban unas vigas de madera oscura y el suelo estaba repleto de cascotes procedentes de las tejas. Abrió el frigorífico y cogió una botella de refresco y una berenjena aliñada. Bebió de aquélla, pero la volvió a meter en el frigorífico, que ahora era un microondas con el temporizador puesto a infinito y todo en él estaba caliente, excepto la berenjena que tenía en la mano, que estaba fresca porque la había sacado del frigorífico, aunque no se le pueda encontrar a la cosa mucha lógica.

El Doctor mordió la berenjena y se despertó con un alarido, porque el sueño le había hecho confundir su pene con la berenjena. Tenía el glande en la boca y chorreaba un poco de sangre, así que se lo pegó con un moco. Arreglado ya, se puso en pie y se encontró pegajoso por el jugo del melón y aterido de frío, porque la siesta había sido demasiado larga y había llegado el duro invierno, por lo que el Doctor se puso su bata y colorín colorado, fue feliz y comió perdiz, pero esto ocurrió otro día que no se echó siesta y que ya contaremos.

FIN

PERDIDO EN EL DESIERTO

Un florido día de mayo, en el que los pajarillos revoloteaban trinando sobre los verdes trigales y las aplicadas abejas iban de flor en flor, y tus cabellos dorados como el Sol y tus dientes que son perlas etcétera, el Doctor Peterson abandonó la ciudad para adentrarse en el campo y disfrutar de la espléndida primavera. Se quedó embelesado con las amapolas y las margaritas, y quitó los pétalos a cientos de éstas con sucesivos sí-no-sí-no hasta que con una le salió que sí, que ella le quería, aunque ella no existía porque era él el único habitante que a la sazón había sobre el planeta. Pero bueno, el Doctor se quedó contento soñando con que una hermosa damisela lo amaba. Y así, embriagado por el amor que le dispensaban, se embargó en una caminata sin rumbo que lo llevó a despistarse y a caminar varias semanas seguidas, imaginando cómo sería la mujer que le deseaba. <<Quizás sea aquella calavera que restauré en Honolulu>>, pensó, y recordó que se trataba de un cráneo que muy bien podría corresponder con el rostro de, efectivamente, una bella dama.

Cuando se quiso dar cuenta, al Doctor no le quedaba agua en la cantimplora que con él había llevado, y todo lo que veía en derredor suyo eran vastas llanuras de arena y montones de dunas que, cual olas del inmenso mar, avanzaban con lentitud en la dirección del viento. <<Sin agua y en el desierto, es un mal plan>>, se percató el Doctor Peterson, y desde lo alto de un montículo buscó un punto bajo, algo así como un desagüe, en el que excavar un pozo para sacar agua.

Con un cuchillo que apareció como por arte de magia seccionó la cantimplora en dos mitades, y con una de ellas comenzó la búsqueda del líquido elemento. Se acomodó en cuclillas y comenzó a cavar con aburrimiento, echando la arena que arrancaba a su espalda. Cuando a los pocos minutos fue a cambiar de postura para sentarse a estilo indio, el Doctor Peterson observó la inmensa montaña, cinco o seis veces más alta que el Everest, que había formado detrás de sí. Por si el viento soplaba y la destruía, taponando el agujero que llevaba hecho, el Doctor Peterson se incorporó y la empujó con un pie lejos de él, con la fortuna de que se derrumbó, tapando un magnífico oasis con palmeras y camellos en el que el Doctor no se había fijado. Mas la cosa estaba hecha, y ya que se había liado con el pozo prefería seguir excavando para ver si aparecía el agua, cuestión de amor propio, en lugar de desenterrar el oasis y volver en camello a la ciudad. <<Quedaría muy bien, el pueblo me aclamaría a mi llegada>>, pero

luego se dijo que, como no había pueblo, no habría aclamación. Así que siguió profundizando con la media cantimplora.

Al cabo de medio día de trabajo, el agua se hacía la remolona y no quería salir. El Doctor empezó a hartarse y empezó a sentir el típico calor que se sufre al aproximarse al centro de la Tierra. Era muy didáctico mirar hacia arriba, pues se distinguían perfectamente las diferentes capas de materiales que se habían ido depositando durante cuatro mil quinientos millones de años. Pensando en que tal vez algún día podría hacerse rico con esas vistas, tomó algunas fotografías con una máquina de retratar que Julio Verne se olvidó allí cuando escribió <<Viaje al centro de la Tierra>>.

Es bien sabido que la zona del planeta en la que ahora se encontraba el Doctor Peterson está formada por hierro y níquel en estado líquido, y como la herramienta que portaba empezaba a desgastarse por el rozamiento del continuo trabajo, el Doctor moldeó con sus manos un pico y una pala de hierro, que enfrió de un potente soplo. Podrá pensarse que sus nuevas herramientas podrían volver a licuarse, pero esto no fue así porque el Doctor Peterson se lo prohibió expresamente.

Con el pico y la pala nuevos trabajó mucho más deprisa, y en solo media hora se encontraba ya a punto de llegar al otro extremo de la Tierra. <<A ver si encuentro agua>>, pensó. Y, en efecto, así fue, porque bastó un picazo para que el Doctor comprendiese que estaba en mitad del océano, ya que un potente chorro de agua salada y algunos peces abisales con glándulas luminosas, que, por cierto, se sorprendieron mucho de la visita del Doctor, lo empujaron con una increíble velocidad al otro extremo del agujero, al lugar en el que el Doctor había comenzado a excavar, y salieron todos con mucha presión, trasladándose así el océano al desierto, y el desierto al océano. Y como llegó el agua con tanta presión, durante un momento se desaló y el Doctor la pudo beber sin volverse loco, que todo el mundo sabe que beber agua de mar produce locura, y el doctor volvió nadando a la ciudad de la que hacía ya un tiempo había salido de paseo.

FIN